

## DEBATES EN COMUNICACIÓN Y FILOSOFÍA

**“LO AMBIENTAL” EN DISPUTA****Florencia Yanniello y Gabriela Ruth Klier**

**La crisis ambiental también es una crisis del pensamiento y del habitar. Desde un mapa de ideas plurales, nos preguntamos por la naturaleza, la ciencia y las relaciones de poder.**

Cada vez más el imaginario sobre “lo ambiental” nos atraviesa, como crisis o como horizonte, y nos urge revisar nuestras prácticas y pensamientos frente a mundos degradados entre deforestaciones, extinciones, calentamiento global y contaminaciones. A partir de la década de 1960 comenzaron a esbozarse diferentes manifestaciones de lo que se ha llamado “problemática ambiental” y desde una multiplicidad de ámbitos (activismos, comunidades, ciencias) se han buscado diferentes abordajes. Es cierto que, hasta hace poco tiempo, las ciencias naturales han sido la “voz oficial” de las problemáticas ambientales y que, muchas veces, estas miradas han dejado de lado la complejidad que presentan estas situaciones. A partir de los aportes de movimientos socioambientales y de distintos pensadores, hoy sabemos que las problemáticas ambientales no pueden ser resueltas desde un abordaje sólo técnico-experto, que el problema no es de limitaciones tecnológicas, sino que atraviesa formas de vivir, de pensar, de habitar, de reflexionar sobre lo que entendemos por

naturaleza y ambiente, pero también, sobre lo que entendemos por humanidad.

Este escrito surge de la necesidad de compartir puntos de vista y posibles enfoques sobre la problemática ambiental, en el marco de algunos cruces entre la filosofía y la comunicación social. Quienes aquí escribimos provenimos de dos trayectorias complementarias, marcadas por la pregunta ambiental. Una es bióloga y se doctoró en el área de filosofía de la biología, analizando los discursos académicos de la biología de la conservación. La otra es periodista, especializada en temas ambientales y realizó su doctorado sobre cómo los medios masivos de comunicación abordan los temas ambientales, a partir de un trabajo interdisciplinario con investigadores provenientes de las ciencias naturales.

Estos recorridos, desde las ciencias humanas y sociales hacia las naturales y viceversa, despertaron interés en intercambiar algunas formas de abordaje posibles de “la cuestión ambiental”, que se pusieron de manifiesto en un conversatorio organizado en junio de 2022 por estudiantes y docentes de la Licenciatura en Ciencias Ambientales de la Universidad Nacional de Río Negro. En este artículo queremos retomar algunos puntos de este debate a modo de abrir otros interrogantes y pensamientos plurales.

**Palabras clave:** biodiversidad, comunicación social, ecofeminismos, filosofía ambiental, naturaleza-cultura.

**Florencia Yanniello<sup>1</sup>**

Doctora en Comunicación  
florenciayanniello@gmail.com

**Gabriela Ruth Klier<sup>2</sup>**

Doctora en Ciencias Biológicas  
grklier@unrn.edu.ar

<sup>1</sup> Instituto de Diversidad Cultural y Procesos de Cambio (IIDyPCa-CONICET- UNRN), Grupo de Estudios sobre Memorias Alterizadas y Subordinadas.

<sup>2</sup> Instituto de Estudios en Ciencia, Tecnología, Cultura y Desarrollo (CiTeCDe), Universidad Nacional de Río Negro. CONICET. Grupo de Filosofía de la Biología (UBA).

Recibido: 01/08/2022. Aceptado: 26/09/2022.

**¿Lo ambiental en disputa?**

Intentar responder esta pregunta implica, en primer lugar, pensar por qué y entre quienes es esa disputa. Muchas personas, grupos e instituciones se adjudican representatividad o potestad para hablar o decidir sobre los temas vinculados al ambiente, desde miradas técnicas, científicas, académicas, políticas, sociales, empresariales o militantes, entre otras. Es decir, intervienen numerosos actores sociales en este entramado: universidades e institutos de investigación, distintas áreas del Estado, la justicia, sectores empresariales, movimientos sociales, organizaciones ecologistas y comunidades de pueblos originarios.

Estos actores presentan puntos de vista, opiniones, perspectivas y lenguajes distintos y el vínculo entre

**Paisaje sudamericano, de Federic Edwin. La construcción de la naturaleza virgen y la separación naturaleza-cultura en América**



Imagen: Gentileza de las autoras

elles está mediado por relaciones de poder. Por ejemplo, no tienen la misma capacidad de incidencia y de decisión las personas que habitan los territorios en donde se emplazan proyectos que potencialmente podría contaminar, que las distintas instancias gubernamentales del Estado. Retomando al filósofo francés Michel Foucault, existe, además, una relación directa entre saber y poder. ¿Cómo juegan los saberes ambientales de una persona que vivió toda su vida en un lugar que será impactado por un emprendimiento industrial respecto de los de alguien proveniente de la ecología o de la química? Lo ambiental está atravesado por ciertas jerarquías de saberes y por eso es un espacio de disputa. En ese sentido, la polifonía resulta central, ¿desde dónde hablamos?, ¿qué saberes participan para conformar posibles resoluciones o pensamientos ambientales?

Para hacer un poco de historia, la cuestión ambiental cobra relevancia global luego de la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, primera gran cumbre internacional convocada por la Organización de Naciones Unidas (ONU) celebrada en 1972 en Estocolmo, Suecia. La cumbre tuvo como eje la necesidad de establecer criterios y principios comunes que ofrezcan a los pueblos del mundo inspiración y guía para preservar y mejorar el "medio humano". La socióloga Maristella Svampa y el abogado ambientalista Enrique Viale, en su libro *Mal desarrollo*, cuentan que, en ese mismo año, la autora estadounidense Donella Meadows, y otros colaboradores, publicaron "Los límites del crecimiento", un informe dirigido al Club de Roma que denuncia los límites a la explotación de la naturaleza y el crecimiento continuo del sistema económico capitalista. Este informe sintetizó un conjunto de

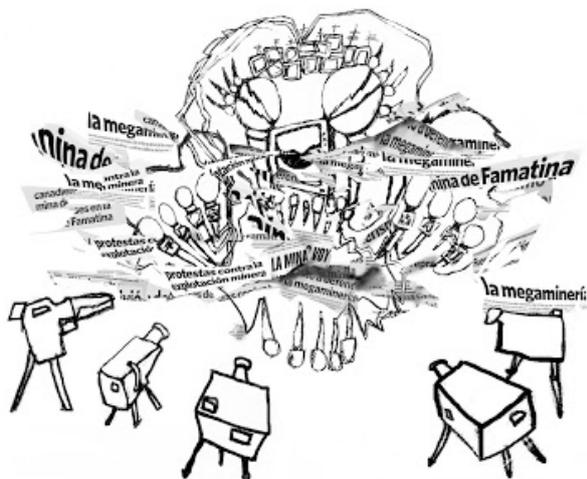
críticas al modelo económico capitalista -que hasta ese momento había soslayado los daños a la naturaleza y socializado sus costos con toda la población- y logró que el tema ambiental ingresara en la agenda mundial y se transformara en un problema a resolver por la comunidad internacional. Otro evento clave fue la publicación, en 1962, del libro de la bióloga Rachel Carson llamado *Primavera Silenciosa*, donde la autora denuncia cómo la agricultura industrial comenzó a afectar diversas formas de vida rurales. Desde la década de 1960, entonces, se empezó a instalar la idea de una "problemática ambiental", que luego será caracterizada también como "crisis ambiental". La noción de "medio ambiente", sin embargo, se generalizó recién con la segunda Conferencia de Naciones Unidas de Río en 1992, realizada en Brasil.

Esta categoría ha sido discutida por numerosos autores que consideran que no existen problemáticas ambientales sin una dimensión social y acuñaron el concepto de problemáticas o conflictos "socioambientales". Desde las ciencias sociales, se reafirma que el ambiente resulta una construcción socio-política y se configura, entonces, como un campo de estudio amplio, donde convergen distintas miradas e intereses; y como un punto de articulación interdisciplinario. Es por eso que resulta una oportunidad clave para repensar los entramados modernos del conocimiento científico y las políticas públicas, dando lugar a saberes tradicionalmente invisibilizados y a voces no tenidas en cuenta a la hora de formular los proyectos productivos o de conservación.

Para ahondar en estos cruces, es interesante conocer los análisis posibles desde la comunicación y la filosofía sobre "lo ambiental".

# ENSAYO

Imagen: Gentileza de las autoras



**Mejor no hablar de ciertas cosas, Catalina Oliva. El ambiente en la agenda mediática.**

## La dimensión comunicacional

Para las ciencias sociales, la cuestión ambiental tiene un carácter complejo, multidimensional, social y conflictivo y, por ese motivo, muchas de las investigaciones que se realizan desde estas disciplinas utilizan la categoría de "conflicto socioambiental". Fue principalmente desde los estudios culturales -un campo de investigación impulsado por Richard Hoggart y Stuart Hall en la década del 60 en Inglaterra, que se caracteriza por ser interdisciplinario y estudiar los significados compartidos, los aspectos socioculturales y simbólicos de las sociedades- que empezaron a plantearse alternativas al dualismo entre "naturaleza y cultura", lo que estructuró el naturalismo moderno. Estas perspectivas reivindican formas alternas de entender las articulaciones entre lo natural y lo cultural, y a partir de allí plantean interesantes desafíos para la comprensión de las relaciones sociales del mundo contemporáneo.

Existe consenso en el ámbito académico sobre la caracterización de los conflictos socioambientales como un tipo particular de conflicto social que suele darse en el ámbito público. La noción de conflicto social representa uno de los conceptos básicos y constitutivos de las ciencias sociales, ya que resulta un aspecto inherente e ineludible de toda situación social. Los conflictos sociales son procesos, es decir, no son estáticos y tienen un desarrollo temporal; aluden a una dinámica de oposición, controversia, disputa o protesta de actores y tienen lugar en el ámbito público. Desde la matriz de los estudios culturales, el conflicto resulta imprescindible para comprender a las culturas populares que, en una lucha desigual y ambigua por la hegemonía, generan sus propias prácticas

y experiencias de resistencia y acción, disputando la legitimidad del capital simbólico, muchas veces impuesto y naturalizado desde los sectores de poder. En el caso de lo ambiental, lo conflictivo tiene que ver con las tensiones que se desatan entre los actores sociales intervinientes. Desde ese punto de vista, se desarrolla un campo de estudio amplio que propone un abordaje desde miradas que -como ya mencionamos- no son solamente técnicas y donde convergen distintos enfoques e intereses.

Desde la comunicación social, la cuestión ambiental también se constituye como un objeto de estudio y análisis particular. Entendemos a la comunicación como producción social de sentido y por ese motivo, resulta un lugar privilegiado para observar y comprender los fenómenos sociales. Es decir, la comunicación no es un acto mecánico de transmisión de información entre dos polos, sino que se trata de un proceso interactivo mucho más complejo, que incluye la continua interpretación de intenciones expresadas verbal y no verbalmente, de forma directa o velada.

En ese sentido, los medios de comunicación tienen un rol central en la construcción de la realidad social y de las representaciones en torno a los conflictos sociales y, por lo tanto, también de los conflictos socioambientales. Según Jesús Martín-Barbero, uno de los fundadores de la escuela de pensamiento comunicacional latinoamericano, los medios de comunicación representan uno de los lugares de disputa de sentido, en donde se dan las pujas por la hegemonía y la posibilidad de incidir en las realidades y acciones de los demás.

Es por eso que algunos aportes clave que pueden hacerse desde la perspectiva comunicacional al estudio de lo ambiental, tienen que ver, por ejemplo, con problematizar el uso de los medios masivos de comunicación como fuentes para la reconstrucción de casos de estudio. El cuestionamiento explícito resulta así parte del trabajo de la investigación en comunicación de los discursos mediáticos como constructores activos de una visión hegemónica del mundo.

Por otra parte, los estudios comunicacionales pueden dirigirse a analizar críticamente las causas estructurales de la crisis ambiental como una crisis civilizatoria, que se vincula con la crítica a la racionalidad moderna y a sus postulados en torno a la economía y a la cultura y que se ha transformado en un conflicto que va más allá de la pérdida de bienes y servicios ecológicos, generando también una pérdida de la existencia no solo en el aspecto material, sino en cuanto al sentido mismo de la vida.

El análisis de los discursos sobre los modelos de producción y consumo, sobre las matrices de desarrollo y sobre las formas de entender y pensar lo ambiental, resulta primordial para transparentar miradas y posicionamientos sobre los conflictos socioambientales. Es decir, pensar en lo ambiental desde un análisis comunicacional, ayuda a poner en evidencia el “efecto ideológico” de los medios de comunicación, constituido por la producción del consenso y la construcción de la legitimidad. Este efecto ideológico se da en el proceso de argumentación, intercambio, debate, consulta y especulación. Si bien los medios poseen una relativa autonomía frente al poder de la clase dominante, encierran ciertas prácticas de supuesta “objetividad”, “imparcialidad” y “equilibrio” con las que construyen una neutralidad aparente.

Entonces, es imprescindible preguntarse: ¿quién habla en el discurso de la información? ¿les periodistas, les editores, los medios?, ¿cuáles son los actores sociales a quienes se les da la palabra y cómo se legitiman determinados discursos y otros no?

Desde ese ángulo, es fundamental no perder de vista que la lógica mediática es comercial: los periódicos, radios y canales de televisión hacen de la información una mercancía y lo ambiental no está exento. Como contrapunto, desde una comunicación crítica, se puede aportar a esta temática en dos sentidos: problematizando el rol de los medios masivos evidenciando sus posicionamientos, y produciendo conocimiento sobre los conflictos socioambientales, es decir, generando artículos periodísticos con abordajes plurales, que se corran de la mirada sesgada y de las agendas ligadas a la masividad, el sensacionalismo y la “chicana” política.

### La filosofía en lo ambiental

Piere Hadot, filósofo e historiador francés, habla de la filosofía como forma de vida. Analiza la relación entre la filosofía y la vida en la Antigüedad, y cuenta que la filosofía funcionaba a modo de prácticas espirituales. Es decir, ayudaba a pensar cómo vivir, los para qué de nuestras acciones, las preguntas por lo bueno, por lo justo, por lo bello. Quizás, contemporáneamente, hemos separado a la filosofía del habitar, la hemos separado también a las ciencias y de otros saberes. Sin embargo, las problemáticas ambientales son, sin duda, un motor para traer la filosofía “más acá”.

La filosofía ambiental emerge en la década de 1960, aunque, otros autores representan antecedentes clave, como los estadounidenses Henry David Thoreau

o Aldo Leopold. Algunas corrientes centrales en estos pensamientos son la ecología profunda, la ecología social o ecoanarquismo, el ecofeminismo, el biocentrismo, entre otros. Más allá de sus planteos específicos, nos interesa pensar, ¿en qué contribuye la filosofía a la cuestión ambiental?

En primer lugar, como dijimos, si las problemáticas ambientales no son meramente abordables desde saberes técnicos y especializados, si necesitamos algo más que tecnologías para sus resoluciones, es porque estas problemáticas desbordan sobre los límites disciplinares. Lo ambiental tiene dimensiones técnicas, sin duda, pero ante todo implica la pregunta por los modos de habitar, por los modos de entender la naturaleza, de vincularnos con animales o plantas, de generar conocimiento, de entender y pensar qué es el buen vivir, un concepto vinculado a pueblos originarios que se retoma en las filosofías ambientales, ¿qué es vivir bien?

En este sentido, las filosofías ambientales vienen rondando sobre varias cuestiones. Por un lado, desde lo epistemológico: ¿qué saberes requiere la problemática ambiental? Aquí, varios autores han analizado cómo distintos saberes implican diferentes prácticas, y cómo en las problemáticas ambientales son necesarios los saberes científicos, pero también los saberes locales, de los habitantes de cada sitio. Donna Haraway, una bióloga y filósofa estadounidense, nos pregunta: ¿quién habla por el jaguar? Este es un interrogante filosófico de gran importancia, implica reconocer la diversidad de actores, de pensar en la voz de quienes no suelen tener voz, de abrazar la complejidad del asunto. Lo ambiental ha sido un puntapié para entender, aun desde ámbitos hegemónicos, que los saberes no científicos tienen mucho que decir. También, que las ciencias tienen una gran responsabilidad, en su modo de entender la naturaleza, sobre las problemáticas que abordamos en la actualidad. Un ejemplo de ello lo encontramos en la problemáticas de pueblos fumigados y el paquete tecnológico de cultivos transgénicos en nuestro país que se ha desarrollado y promovido desde esferas científicas. Las ciencias en esta problemáticas cumplen un doble rol, por un lado son cómplices y partícipes del avance de este tipo de cultivos, pero a la vez, también forman alianzas con otras voces y saberes para combatir el avance del extractivismo agroindustrial. Algunos aportes de la filosofía ambiental han sido analizar y complejizar el rol de las ciencias en estos contextos.

Otro asunto es el ontológico, esta palabra de uso no tan frecuente que refiere a la pregunta por cuáles

# ENSAYO

entidades pueblan el mundo y de qué se conforman nuestros mundos. Por ejemplo, la separación entre lo natural y lo cultural es de carácter ontológico: las ontologías modernas y capitalistas tienen este modo de entender un mundo en el que los seres humanos son diferentes al resto de lo viviente. Sin embargo, no en toda cultura esto es así. La pregunta por aquello que consideramos que existe o cómo existe, es central. Pensemos en un conflicto por un proyecto de megaminería, ¿qué es una montaña? Seguramente para los sectores empresariales una montaña es un recurso natural, pero para algunos pobladores es un territorio de vida y fuente de agua, para algunas culturas la montaña tiene un espíritu, para los ecólogos la montaña es un ecosistema. La filosofía, de la mano con la antropología, traen la pregunta por la diversidad de modos de entender y vivir en un lugar, para desarmar la idea de un solo mundo y para comprender que diferentes actores arman diferentes mundos, y esos mundos tienen que ver con prácticas de vida. Acá vuelve nuevamente la pregunta por la noción de naturaleza y sobre cómo en la Modernidad se la ha separado de lo humano, de aquello que tiene agencia, es decir, capacidad de acción.

Haraway, con otros pensadores, como Bruno Latour, Eduardo Gudynas y Ricardo Rozzi, indagan sobre cómo armamos mundos entre humanos, pero también con otros seres vivos, entendiendo que la vida en la tierra florece siempre creándose colectivamente. Estas filosofías desestabilizan las nociones de individuo y también atentan contra la separación entre animal y ser humano, entre naturaleza y cultura. Estos modos de entender a lo viviente implican también diferentes tratos: no es lo mismo considerar un ratón como un objeto de estudio, que como un ser vivo que al igual que nosotros, piensa, juega y vive su vida.

De aquí que siempre estas preguntas se vinculan con la ética, es decir, con la reflexión sobre lo bueno y lo malo, sobre los valores. ¿Qué valoraciones les damos a nuestros entornos? ¿Conservamos los bosques por la conservación de recursos para humanos? ¿Por qué tratar de evitar la extinción de los pandas o de las ballenas? No hay respuestas únicas ni simples a estas preguntas, pero la ética implica ante todo detenernos, hacer una pausa para reflexionar sobre las consecuencias de nuestras acciones, sobre sus implicaciones.

“Pensar, debemos pensar”, diría Haraway. Y sin duda, más que “la filosofía”, existen diversas filosofías y pensamientos ambientales. Recuperando lo anterior, la crisis ambiental también es una crisis del pensamiento



Imagen: Gentileza de las autoras

**Endosymbiosis, Shoshanah Dubiner. La vida es simbiótica y en lo ambiental se entremezclan diferentes habitares.**

y del habitar. Necesitamos otros pensamientos que nos permitan otros hábitos, que no nos separen de la naturaleza, que posibiliten otros afectos y que construyan desde la pluralidad de voces y saberes. Ante todo, recuperar la filosofía como pregunta viva, que en el cotidiano recupere el para qué, con quiénes y cómo.

## Ecofeminismos y terricidios

Otros tejidos que nos interesa mencionar sobre las temáticas ambientales implican diferentes alianzas. En particular, desde los dos movimientos quizás más importantes del último tiempo: los feminismos y los ambientalismos. ¿Cómo se articulan estas luchas aparentemente dispares?

Hay varios puntos en común y vuelven a la problematización del poder, el saber y la naturaleza. Una corriente en particular, la ecofeminista -entendida como un enfoque reciente, abierto, plural, diverso, teórico y militante que integra las sinergias del ecologismo y del feminismo-, retoma el problema de la naturaleza y de cómo ésta, desde la Modernidad y con la consolidación de las ciencias naturales, se presenta como un objeto a dominar, como un páramo vacío a colonizar. Las metáforas de “naturaleza virgen” para las áreas protegidas -correspondida con la expulsión de comunidades indígenas a principio de siglo XX-, como la idea de “naturaleza esclava” en los sitios de

extractivismo, permiten entrelazar ideas e historias en las que mujeres, disidencias, pueblos indígenas y otros seres vivos fueron concebidos, desde el pensamiento hegemónico, occidental y moderno, bajo similares relaciones de poder. Algunas corrientes ecofeministas sostienen cierta cercanía esencial entre mujeres y naturaleza, sin embargo, otras ponen el acento en que para mujeres, naturalezas y diferentes formas de lo viviente, el modo de sujeción y sumisión es similar. Y esa estructura es la que debe ser revisada.

Estas corrientes no tratan entonces solamente de mujeres, sino que plantean que los ambientalistas deben reconocer la diversidad en sentido amplio, no sólo de especies sino de modos de habitar. Volviendo a Haraway y otras autoras, respetar las múltiples formas de vida que nos permiten morar en este planeta, implica salir de los esquemas antropocentristas que sugieren que los seres humanos son los únicos con agencia, quienes tienen capacidad de cambio, y comprender que los cambios planetarios siempre son con otras especies y entidades. Esta y otras autoras, reconocen también la importancia de la dimensión afectiva en nuestros vínculos ambientales, para generar otros modos de cuidado y de relacionarnos.

En este sentido, las pensadoras ecofeministas aportan nuevas perspectivas para analizar las intersecciones entre extractivismo y patriarcado y desnaturalizar sus alianzas históricas de dominación. De esa confluencia surge con fuerza una filosofía y una práctica que defiende un cambio de modelo social que respete las bases materiales que sostienen la vida, así como la diversidad de modos de existencia. Las críticas del ecofeminismo a las equivalencias impuestas entre naturaleza/mujer/emoción -en contraste con cultura/varón/razón- y a las matrices hegemónicas que definen roles, relaciones, valores e ideas respecto de la masculinidad y la femineidad definitiva, fueron moldeando una articulación entre feminismos y ecologismos.

La idea de “feminizar el ambientalismo” y de llevar las luchas ambientales al feminismo atraviesa diversos ámbitos; en Argentina, en los últimos años vienen confluyendo algunos sectores del movimiento feminista y del movimiento ambiental. Esto se puso de manifiesto, por ejemplo, en los últimos Encuentros Plurinacionales de Mujeres, Lesbianas, Travestis, Trans, Bisexuales, Intersexuales y No Binaries, realizados en La Plata en 2019 y San Luis en 2022, en donde este agrupamiento político de perspectivas que incluye a personas interpeladas por la lucha antipatriarcal y militantes ecologistas o interesades

por el tema ambiental, participaron de manera multitudinaria en los talleres de Mujeres y Luchas Ambientales, Ecofeminismo, Mujeres Campesinas y Mujeres Originarias.

Actualmente encontramos dos vértices articuladores entre ambos movimientos: por un lado, una corriente feminista y disidente más urbana, asociada al activismo antiespecista, que plantea una posición política y ética de rechazo a la explotación animal y promueve relaciones de respeto y equidad con otros seres vivos. Aquí también se inscriben ciertas corrientes vinculadas al reconocimiento de animales sintientes como sujetos de derecho.

El otro vértice, está relacionado con la participación de las mujeres indígenas en algunos espacios feministas y de su propia organización en colectivos de mujeres. Los pueblos originarios tienen como bandera la defensa del territorio y la autodeterminación de los pueblos, con lo cual las problemáticas ambientales aparecen constantemente en las exposiciones e intercambios de mujeres indígenas de diversos territorios. Sabemos que las jerarquías raciales y de género siguen prevaleciendo, y como señala la antropóloga Rita Segato, la extrema violencia utiliza los cuerpos de las mujeres como parte de la “apropiación” de los territorios, ya que indica la posesión de lo que puede ser sacrificado en aras del control territorial.

Un hito importante en este sentido es la conformación del Movimiento de Mujeres Indígenas por el Buen Vivir, integrado por personas de 36 pueblos originarios que, desde 2015, están alzando su grito contra los feminicidios, la discriminación, las marginaciones, las muertes por desnutrición de sus hijos e hijas, para visibilizar las violaciones, para gritar que sigue ejerciéndose el “chineo” -una práctica de ultraje y abuso de niñas absolutamente naturalizada en algunas regiones del norte argentino-, pero también contra la megaminería, los monocultivos y las fumigaciones, el *fracking*, las mega represas, las centrales nucleares y los desmontes.

Una categoría interesante para pensar estos cruces es la de “terricidio”: el asesinato, no sólo de los ecosistemas tangibles y de los pueblos que lo habitan, sino también de todas las fuerzas que regulan la vida en la tierra, del ecosistema perceptible. Esta noción, acuñada por el Movimiento de Mujeres Indígenas, condensa muchos de los debates que suelen englobarse dentro del ecofeminismo. Sin embargo, cuando hablamos de terricidio, a las elaboraciones de las teóricas ecofeministas y a las ideas que surgieron de las luchas de los feminismos, se le suman otras

# ENSAYO

Imagen: Gentileza de las autoras



**Movimiento de Mujeres Indígenas por el Buen Vivir. Fuerza y sabiduría ancestral.**

dimensiones relacionadas a la perspectiva territorial, espiritual y cultural de las integrantes de este movimiento, en su doble condición de desigualdad: ser mujeres y ser indígenas. Desde el Movimiento plantean que no puede haber una lucha antipatriarcal si no hay una lucha anticolonial y antirracista, y hablan de la posibilidad de liberarse restaurando los pensamientos ancestrales, que plantean la reciprocidad y la armonía con los territorios y entre los pueblos.

Muchas categorías, que surgieron de la militancia y luego se problematizaron o conceptualizaron, no dejan de tener una matriz occidental. Por eso es importante reconocer que los movimientos sociales construyen sus propios conceptos, elaborados en el andar y en constante transformación, como lo es el de terricidio.

## Resumen

En este artículo proponemos trazar algunos contrapuntos desde la diversidad de saberes (más y menos legitimados) relacionados a la problemática ambiental. Partiendo desde la comunicación social y la filosofía, nos preguntamos acerca de la complejidad de actores y dimensiones involucradas en la crisis ambiental que nos acecha. Buscamos algunas pistas para desandar los entramados modernos del conocimiento científico y las políticas públicas, dando lugar a conocimientos tradicionales históricamente invisibilizados, a la reflexión sobre los cruces entre género y ambiente, y a voces no tenidas en cuenta a la hora de formular proyectos productivos y de conservación.

20

Tal como analizan desde el Grupo de Estudios de Memorias Alterizadas y Subordinadas, esta noción del pensamiento colectivo proviene de filosofías encarnadas en prácticas espirituales, en experiencias dolorosas y en las formas de luchar y de sentir y se forjó en el proceso y transcurso de múltiples conversaciones, encuentros y marchas.

En síntesis, este agrupamiento político de actores sociales que coinciden en ciertas luchas vinculadas a lo ambiental, suma otras dimensiones para pensar las disputas y tensiones: la perspectiva territorial, la espiritual, la de género y la cultural. Las articulaciones entre estos movimientos tienen una enorme potencia transformadora ante los desafíos que se presentan en la práctica cotidiana y situada de las luchas por los otros mundos posibles.

Volviendo sobre ciertas cuestiones mencionadas y a modo de cierre, vemos cómo el ambiente es efectivamente un campo de disputa. No se trata de un conjunto de árboles, ni aun de ecosistemas: el ambiente es un espacio de confluencia entre diferentes formas de vivir, es una construcción colectiva, por eso es imperante el desafío de armar polifonías, diálogos, otras formas de encuentro. Desde los ecofeminismos vemos que estas problemáticas se cruzan y mezclan con otras de género, culturales, espirituales, afectivas. En esta complejidad, la comunicación y la filosofía tal vez puedan generar algunos aportes, algunos puentes, para compartir diferentes voces y reconocer la multiplicidad de aristas de una problemática que nos interpela como habitantes de este territorio en este tiempo histórico.

## Para ampliar este tema

- Alimonda, H. (2011). *La naturaleza colonizada*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Grupo de Estudios sobre Memorias Alterizadas y Subordinadas (2021). *El Movimiento de Mujeres Indígenas llega a Buenos Aires: con la fuerza de las ancestras, caminando por el buen vivir*. [Disponible en internet]
- Haraway, D. J. (2019). *Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao, España: Consonni.
- Puleo, A. H. (2000). Luces y sombras del ecofeminismo. *Asparkia. Investigación Feminista*, 11:37-45. [Disponible en internet].
- Terranova, F. (2016). *Donna Haraway: cuentos para la supervivencia terrenal* [cinta cinematográfica]. Bélgica: Icarus Films. [Disponible en internet].